

I. Venezuela

Tamaño sorpresa se llevó Alfonso Alí cuando el flaco Nicolás alcanzó la presidencia de la república en 2013: «A ese hijo de puta me lo cogí yo», gritaba el viejo, mientras se empinaba el último trago de la botella de vodka. «Y tengo un video», decía. Semanas después nos allanaron la Residencia.

Descubrir cuál de los vecinos era el delator no fue una tarea fácil. Podía haber sido cualquiera, pero sabíamos, casi con certeza, que la traición tenía como fuente a los vecinos plateristas de al lado, cansados de los gritos y de lo que llamaban el malvivir de la Residencia, centro de adictos y marginales sin futuro en la vida, que así éramos conocidos en toda la calle Convento. Sin embargo, la degradación a la que fuimos sometidos por parte de los vecinos y que en gran parte disfrutábamos se remontaba a años antes de la muerte del Camarada mayor, aquel que jocosamente llamábamos de Platero, no tanto por lo llanero, sino por lo bruto (con el respeto de todos los burritos del mundo).

La Residencia entera fue removida. Los platos y cuchillos caían al piso, los estantes se volteaban patas arriba y los colchones de las literas eran apuñalados con cuchillos, mientras la vieja Elena se quejaba de que ella no había invitado a esos hombres a su casa. «En esta casa mando yo», gritaba

con vehemencia, mientras nos preguntaba si teníamos azúcar para darle. Yo, por mi parte, hube de observar con desesperación cómo toda mi colección de películas era violentada y cómo Pasolini y Godard pasaban ahora a ser enemigos públicos de la revolución. El cuarto de Alfonso Alí, en el tercer piso, fue el que sufrió el mayor de los despojos. Apenas le dejaron el colchón y una cobija, mientras que el resto de sus pertenencias quedó inservible y tuvo que mal dormir durante varias semanas, tanto a causa de los moretones, como porque le rompieron las aspas del ventilador.

Todos fuimos sometidos a interrogación, en especial Alfonso Alí, borracho nuevamente, pero como nadie capacitado para recibir los golpes de los cuatro agentes de la policía política que habían entrado en la casa por la fuerza. «Denme más duro, plateristas marginales», les gritaba a las cuatro negras figuras que se alzaban con cada vez más violencia. Altos, arrogantes, iletrados y con un léxico formado en las más peligrosas barriadas de Caracas, generaron una repugnancia indescriptible entre nosotros, más aún cuando nada podíamos hacer para salvar al pobre viejo ya ensangrentado. La sangre le corría desde la boca y la nariz, pasando por su barba blanca, su pecho lampiño y su abdomen tatuado, mientras recostaba su cuerpo flaco y moribundo en una silla de madera.

Nosotros cuatro, el resto, estábamos aterrorizados en una esquina y observábamos cómo los vecinos comenzaban a asomarse con infructuoso disimulo por las ventanas, quizás pensando que por fin recibiríamos nuestro merecido y que finalmente se librarían de la marginalidad representada en nuestro estilo de vida. Los agentes policiales nunca consiguieron el video. Alfonso Alí, quien dejó de solicitar más golpes, sabía muy bien dónde esconder lo que no debía ser encontrado. Conociendo al viejo desde hace tantos años, no habría sido una sorpresa que lo del video prohibido se tratase de otro más de sus cuentos de borracho irreparable.

Observado desde afuera, el espectáculo no podía parecer más que risible y burlesco. Viejo y vieja gritando, y Ricardo, ahora más calmado, preguntando por cigarros a los agentes de la policía política. ¡Lo recuerdo tan bien! Era la época de la escasez de cigarros, aquella de la muerte de los viciosos. Logró conseguir dos. Encendió el primero y expelía el humo por todo el balcón del tercer piso, con un aire de arrogancia que seguramente molestaba a los curiosos vecinos que comenzaban a apiñarse en plena calle para observar mejor. Acabó el cigarrillo y lanzó la colilla a los pies de la pequeña muchedumbre, mientras el doctor Quijada se asomaba por su ventana y nos gritaba que semejante cosa no se había visto desde el 83, cuando devaluaron la moneda y los barrios de Caracas se llenaron de ranchos.

Dos pisos más abajo era el lugar perfecto para divisar la magnitud de la casa. Tal vez construida en los años cuarenta o cincuenta del siglo pasado, se mantenía en pie por un milagro de dios. Tres pisos de concreto macizo y paredes pintadas de lo que una vez, en épocas de la Cuarta, fue un azul brillante, hermoso. Su estilo italiano recordaba épocas de exaltada grandeza, como cuando la vieja Elena tenía los dos ferraris aparcados allí abajo, junto a la entrada de los vecinos platearistas, según nos contó alguna vez. Se entraba a la casa desde un costado, luego de subir una pequeña escalera negra de metal, justo por encima del cuarto del Negro Héctor, quien por causalidad se encontraba en el tercer piso cuando entraron los agentes. Encima del cuarto del Negro Héctor, el mini apartamento de La Putica.

Una vez que se entraba a la casa, inmediatamente se encontraba la cocina, que ya nadie usaba para cocinar y siempre llena de cucarachas y sumida en una oscuridad nauseabunda. Dos neveras ocupaban su mayor espacio, además de una mesa o fregador que soportaba encima el peso de una colchoneta virulenta donde dormía la comadre Sandra. Años después del

allanamiento y de los terribles sucesos que con él se desataron, sigo pensando que sin la comadre Sandra no habríamos sido reivindicados ante la historia venezolana, como al final lo fuimos, a pesar de todo.

Más allá de la cocina, en el segundo piso, se podían ubicar cuatro cuartos y un baño. Mercedes compartía cuarto con su hermana, la vieja Elena, y al momento del asalto dormía tan profundamente, que creo que al final de cuentas, entre tanto alboroto, nunca llegó a enterarse de los sucesos en toda su verdad. Al lado, el cuarto de Hender, escandaloso mozo, hermoso de apariencia, adicto a la marihuana y a los gatos, estudiante frustrado y poco dedicado de ingeniería civil, hijo de unos avergonzados pastores de la iglesia evangélica y tan aparentemente loco que se paraba horas y horas en la calle del frente a hablarse a sí mismo en voz alta. Justo al lado de los cuartos, una pequeña sala de estar. Dos sofás de mimbre y almohadones con decoraciones de animales recibían las esporádicas visitas. Detrás, un pequeño televisor marrón que emitía imágenes en blanco y negro, y un cuadro de un paisaje con una playa y una cabaña que parecía ceder a la erosión del terreno. Al frente de la sala y de estos dos cuartos podía ubicarse el de Elías, estudiante de medicina en la universidad cercana y quien asumió la responsabilidad de limpiar las heridas de Alfonso Alí una vez que se fue la policía política. Quien ocupaba el otro cuarto era Leonardo, que dios lo tenga en su santa gloria o, si no es así, que arda en el infierno como asado argentino, el maldito cabrón.

Si se continuaba subiendo por la escalera de concreto se llegaba a la terraza de la casa, donde se suceden los acontecimientos que aquí se narran y donde también se ubicaban, en cada esquina, dos cuartos más: el de Alfonso Alí, ahora transformado en un chiquero irreconocible, con pinturas a base de témpera regadas por todo el suelo, obras de su autoría, aunque habría que reconocer que el talento que le faltaba en la

pintura lo tenía como guionista y distribuidor de cine. El otro cuarto era compartido entre Ricardo, Gabriel «El Nuevo» y yo, en una especie de hacinamiento comunal que podríamos calificar de intelectual-marihuanero y donde pasábamos días enteros viendo películas y discutiendo sobre filosofía política y materialismo dialéctico. Situación «homosensual», expelía Gabriel «El Nuevo» de vez en cuando. Hacia el fondo, un segundo baño mucho más pequeño.

Nuestra Residencia se alzaba en el medio de un barrio de la ya extinta clase media caraqueña, en el corazón de San Pedro, justo detrás de la iglesia del mismo nombre. Siempre me llamó la atención que las guacamayas de Caracas, tan amables, coloridas, oportunas y siempre dispuestas a posarse en los balcones para comer frutas y semillas, nunca se posaban en nuestra terraza y que, por el contrario, teníamos que espantar con una escoba a los negros zamuros que venían a pedirnos sobras durante el almuerzo. Ricardo encendió el segundo cigarro. Era el único de nosotros que fumaba. Jamás dejó el vicio. Por fortuna, la crisis del tabaco fue superada y nunca más se vieron por las calles de Caracas aquellos terribles tabacos artesanales, malvientes reflejos de la decadencia revolucionaria.

Con el pasar del tiempo y tras la acumulación de nicotina, el cuerpo de Ricardo pareció reaccionar en la forma de una sequedad que le impedía aumentar de peso. Se mantenía flaco, desgarrado y con esa nariz que parecía delatar un origen semita remoto, como remontado en la inconmensurabilidad de los siglos. Sin embargo, él afirmaba el origen siciliano de su facciones, a la vez que ejecutaba un humor seco y negro que pasaba por referirse con jocosidad al campo de concentración donde estuvieron sus supuestos antepasados o a lo terrible que sería morir de hambre en Venezuela en épocas de mangos. Debo confesar que si había algo que me gustaba de él era, con justicia, eso, su capacidad de tornar risibles hasta las situaciones más oscuras, y de hacerlo de forma pausada,

mediando las reacciones de sus interlocutores y siendo consciente de sus transgresiones morales políticamente incorrectas que, en gran parte, eran justificadas en cuanto que al final se trataba de una forma de burlarse de sí mismo. Evidentemente, no todo el mundo recibía con beneplácito esas formas de humor tan irreverentes, lo que más de una vez lo metió en problemas difíciles de solventar.

Al día de hoy, al recordar el allanamiento, tengo la certeza de que Alfonso Alí conservaba el vídeo del flaco Nicolás dentro de la casa, aunque una tarde llegó de la calle, con la cara aún amoratada y blanca de los golpes y el cansancio, y sacó un paquete de su mochila y nos dijo: «Miren, muchachones, aquí está, para que se lo disfruten, hijos de puta». Decía la verdad. Al final de cuentas, decía la verdad el malnacido que hizo que nos impusieran una citación en la fiscalía a todos en la casa, junto con una orden de presentación mensual ante los tribunales que tuvimos que cumplir durante pocos años. Cosas de dios sería que no nos llevaran directo a La Tumba, aquella prisión clandestina, pero ampliamente conocida, donde encerraban y torturaban a los presos políticos de la dictadura.

Una vez que encendí la videocasetera pudimos observar cómo un flaco Nicolás más joven, de al menos unos treinta años, le daba tremenda mamada a un Alfonso Alí de más o menos la misma edad. No quería hacer tan gráfica la descripción, pero toda vez que las circunstancias lo requieren y para que el lector de este relato no se quede con alguna duda, procedo entonces a describir, con lujo de detalles, qué fue lo que con caras horrorizadas pudimos observar en el video, mientras Alfonso Alí nos miraba con cara de satisfacción. Advierto, querido lector, que si usted es de esas personas puritanas, deje de leer ya mismo o, así de simple, sáltese esta vulgar parte del relato, ya que no fue fácil ver cómo el flaco Nicolás, el más terrible dictador supuestamente nacido en estas tierras caribeñas, se comía semejante polla.

Arrodillado sobre un almohadón de color rojo, completamente desnudo, un flaco Nicolás aún más flaco y sin bigote, de cabello corto, con cara pálida y pequeños ojos brillantes, maliciosos y deseosos, sacaba y metía dentro de su boca aquella figura fálica salida desde los Andes venezolanos, mientras que de vez en cuando lanzaba un escupitajo y una de sus mejillas se hinchaba como cuando se come la fruta del mamón. Casi cinco minutos de una felación descomunal en la que a ratos miraba hacia arriba, con cara golosa, hacia un Alfonso Alí que gemía extasiado con la cámara en la mano y le decía: «Así es que me gusta, putica».

Dos cosas tenemos que rescatar de esta memoria. La primera, es que para nosotros La Putica era otra. A ella nos referiremos más adelante, cuando hablaremos de la alianza que estableció con Leonardo. La segunda es que nos inundó un sentimiento de náusea colectiva, junto con el deseo de querer quitar la cinta y destruirla para siempre, ya que nos jugábamos la vida con ella. Evidentemente, no lo hicimos, ya que el poder de tener la evidencia en las manos valía más que nuestro deseo de sobrevivir. Además, teníamos la certeza de que Alfonso Alí guardaba unas cuantas copias, por si acaso. Por si acaso qué, eso aún no lo sabíamos.

«¿Y qué les pasa, hijos de puta, no querían ver el video, pues? Esto de ser cineasta no es casualidad. Son años y años de andar grabando en la calle. Eso es de la época en la que vivía en El Valle, cuando el flaco Nicolás andaba de jefe sindical del Metro y se la pasaba pelando bolas», nos increpó Alfonso Alí. Exceptuando al viejo, que tendría poco más de cincuenta años (la misma edad del flaco Nicolás) el mayor de nosotros tendría unos veintidós, pero les puedo asegurar que aquel día envejecimos como nunca de tanto miedo que se nos metió al cuerpo. «¿Y sí te lo cogiste, Alfonso Alí?», cuestionó dubidoso Ricardo, mientras encendía otro cigarro, a lo que el viejo respondió: «De bolas que me lo cogí».